

p. 7; *hosiotés*, p. 28; *eudaimonia*, p. 106; *arete*, p. 158 y otros). Algunos diálogos se analizan con bastante detalle: *Eutifrón*, *Político*, *Banquete*, *Filebo*, *Timeo*. Quisiera mencionar que el autor no discute la cronología de la obra platónica, sino que la da por supuesta (cf. p. 28); quisiera asimismo decir que sería deseable que este *Plato* se tradujera al español.

UTE SCHMIDT OSMANCZIK

SAFO, *Poemas*. Introducción, traducción directa y notas de Carlos Montemayor. Trillas, México, 1986, 160 pp.

Raro acontecimiento es entre nosotros la edición de un texto griego en otras prensas que las de la Universidad; encomiable nos parece por ello el trabajo emprendido recientemente por la Editorial Trillas con los fragmentos de Safo, en traducción del poeta y académico Carlos Montemayor. Primera traducción al español, se nos dice, de la totalidad de los fragmentos, si bien, por desgracia, buena parte de ellos son tan pequeños que difícilmente permiten al traductor el ejercicio de su arte.

Breve es la Introducción (sólo 16 páginas), pero llena bien su cometido al disipar dudas que desde siempre se ciernen sobre la Décima Musa y que, fuera del caso de sus más asiduos escudriñadores, perviven enseñoreadas de nuestro medio literario. Bien hace Montemayor en arremeter, al respecto, contra Ovidio, cuya versión de la personalidad de la poetisa "deformó la imagen de Safo a lo largo de la literatura occidental, y a la que se le prefirió en lugar de la propia poesía sáfica". Tristísimo, pero exacto; porque otros infundios, si bien destilaban más veneno, no circulaban tanto, dada la relativa insignificancia de sus voceros, como el que Safo hubiera sido cortesana (*o.c.*, pp. 8, 9), que un tal Dídimo, gramático, investigaba, como nos dice Montemayor, y que sin más investigar daba por hecho el apologista Taciano en su Discurso a los griegos, donde llama a Safo "*γύναιον πορρικὸν ἐρωτομανές*" ("mujerzuela, ramera erotómana"; *Vid. Padres apologistas griegos*, ed. Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1954, p. 618); pero casi nadie lee a Taciano, y no se pierden de mucho; el gran desmán contra Safo lo perpetró, por ende, Ovidio.

Háblanos también Montemayor de la leyenda de las dos Safo, es a saber, una la gran poetisa y otra la mujercuela de marras (p. 10); recurso éste de desdoblamiento, trilladísimo, que casi cae por su propio peso y que, recuérdese, se ha dado aun en el campo de la hagiografía, por ejemplo en el caso de San Cipriano de Cartago (cuyas obras conservamos junto con las actas auténticas de su martirio) duplicado por un San Cipriano de Antioquía que nunca existió, mago por más señas.

La fama de Safo en la antigüedad, como nos dice el poeta, fue enorme; no sé si el escultor que él llama Siliano (p. 10) sea el mismo que el Silanión que menciona Taciano (pp. 617 sq.); en todo caso, dado que éste pone dos veces el nombre, que escribe en griego y que sin duda el escultor lo era, estimo que la forma que nos trasmite dicho Taciano ha de ser la correcta; por cierto, la otra estatua de este artista, además de la de Safo, de que nos habla el viejo apologista, representaba a Corina, la otra gran poetisa eólica, contemporánea, paisana y rival de Píndaro.

Nos recuerda más adelante Montemayor la habilidad de las mujeres de Lesbos en materia de tejido, e invoca el testimonio de Homero (*Il.* 9, 528); en efecto, *ἔργον* (labor, quehacer) sin más especificación, se aplicaba a menudo al tejido (*cf.* Bailly). Todo Homero es importante, pero sobre el verso aludido aquí por don Carlos me permito, incidentalmente, llamar la atención de algún futuro editor de Teócrito, llegado el momento de comentar el idilio XXVIII, denominado *Ἰλακάτα* (La Rueda), escrito en eólico y en un tipo de verso que cultivó Safo, el asclepiadeo mayor. Ph. E. Legrand en su edición nos dice: “La pieza está redactada en eólico, *sin que el asunto tratado ni la personalidad de Téugenis, que vivía en Jonia, haga ver aquí una ocasión especial para el uso de este dialecto*” (*Bucoliques Grecs*, Belles Letres, tomo I, p. 196, subrayado mío); y en una edición más reciente, en amplio y erudito comentario, al referirse al metro empleado, anota A. S. F. Gow, aun recordando que Safo lo había usado antes: “en vista del respeto de Teócrito hacia Asclepiades, la elección del metro y el manejo del mismo pudieran deberse a influencia de su contemporáneo” (*Theocritus*, Cambridge, 1965, tomo II, p. 495). Nuestro Ipandro Acaico, sin meterse en el por qué de dialecto y metro, dice que se le ocurre “que Teócrito, aunque copiando del natural, puede haber tomado el colorido del libro de Salomón (*Los Proverbios*) que acababan de traducir en Alejandría los Setenta In-

térpretes (Ed. SEP, Col. Cien del Mundo, p. 360); esto, claro, ya es demasiado; las compatriotas de Penélope no tenían que beber en rollos judaicos su amor al tejido; dialecto, metro, colorido y demás resultan particularmente apropiados una vez establecida la asociación entre aquella labor de manos y las mujeres lesbianas; es el dialecto de ellas y un tipo de verso usado por su máxima poetisa: ¿cómo cantar mejor la rueca? Tan importante puede resultar a veces un solo renglón de Homero.

Por lo que hace a la actividad didáctica de Safo, colócase Montemayor (pp. 13, 150) en un término medio, que creemos la posición correcta, entre la aberrante exageración de quienes la hacen fundadora de universidades, de la primera del mundo, nada menos, como pretendía el padre Ballester (*Safo de Lesbos*, Publicaciones Cruz, S. A., México, 1986, p. 24), y la tajante negación de todo magisterio propiamente dicho entre las actividades de Safo, postura esta adoptada por Denys Page (*Sappho and Alcaeus*, Oxford, 1965, pp. 111 sq., 128, 140), helenista a quien, por otra parte, mucho admiramos. Si parece inconcuso que, en sentido estricto, la universidad es algo que debemos a la edad media, y la hipótesis ballesteriana o cualquiera que se le parezca puede, por lo mismo, desecharse de plano, es por otra parte inconcebible que alrededor de una gran artista, como era Safo, y con su fama, no pulularan discípulos; parece, pues, aventurado excluir del todo la faceta didáctica de la personalidad de Safo, de ahí que estimemos acertado el término medio a que se acoge en su introducción Carlos Montemayor.

Dada la brevedad de ésta, no había campo para extenderse, sin duda, en temas de dialecto y métrica; a colación de la sonoridad y riqueza del griego, y citando a Aristóteles, nos dice el joven académico que a veces hasta hexámetros salían en la conversación (p. 19); a quien se haya puesto a hacerlos y percatándose del trabajo que cuestan, le parecerá acaso extraño, pero es ciertísimo; y lo mismo sucedía en latín; un botón de muestra en la prosa de Crisóstomo: μή τοίνυν μοι ρήματα, ἀλλὰ πράγματα δείξον (*Letras à Olympias*, París, 1968, carta XVII, 4, 53), y de latín éste, embebido en un párrafo del *Elogio de la Locura*, de Erasmo: aurículas teneras mordaci radere versu; dícenos asimismo que “la dulzura del dialecto eólico es irrecuperable para cualquier otra lengua” (p. 25); consideramos esto una gran verdad, aunque quizá para el lector no experto hubiera convenido resumir en uno o dos párra-

fos aquellas características fonéticas del eólico que se juzgue contribuyen a dicha innegable dulzura.

Pasando a la parte central del libro, el texto que se ofrece es el de Théodore Reinach; para la traducción opta Montemayor por el verso libre, porque, dice, "la dilatada historia del endecasílabo en nuestra poesía no añadiría nada a nuestras letras" (p. 25). Nada tenemos que decir de esta elección; propónese él más bien que imitar ritmos, otros objetivos; literalidad, sencillez, naturalidad, y en general los alcanza. Lástima grande, repetimos, que lo fragmentario del texto ofrezca un campo muy restringido al despliegue de la habilidad del traductor en los más de los casos.

Antes de leer cada fragmento conviene al lector revisar la nota correspondiente en la tercera (y última) parte del libro, porque a las veces una traducción no corresponde al texto que tiene enfrente, sino a alguna variante explicada en las notas, v. g., fr. 27; muy doctas en general, no dejan de verse afeadas de cuando en cuando, al igual que las partes precedentes de la obra, por algún error de imprenta, por ejemplo *Victor* por *Héctor* (p. 20); *cabellos* por *tobillos* (fr. 56 A 17); *Aristaneto* por *Aristeneto* (p. 150, n. 80); *compositum* por *compositione* (p. 154, n. 120); *diogeniano*, nombre propio (p. 155, n. 132); *ἀθάκην* en vez de *ἀβάκην* (p. 168, n. 69); *λόγος* en vez de *λόφος* (fr. 93, 25). Menester será corregirlas en una futura edición, que pensamos vendrá pronto.

Parece también que convendría uniformar la transcripción al castellano de uno que otro nombre griego, v. g. *Choerobosco* (la *ji* pasa a *c* o *q* según el caso, de acuerdo con la Academia, y *oe* sufre monoptongación. (P. 149, n. 72); *Choricus Gazaeus* (misma razón que arriba) sería *Coricio de Gaza* (p. 154, n. 108); *Dyscolo* sería *Díscolo* (p. 151, n. 91); en vez de *Esiquio* escribiríamos *Hesiquio*, pues la *h* inicial normalmente no se pierde (cf. Heródoto, aunque haya excepciones como *Elena*, p. 142); *Geraesto* había de sufrir monoptongación y decirse *Geresto* (p. 160, n. 212); *Himerius*, castellanizar terminación y poner *Himerio* (p. 142); *Ménechmos*, diríamos *Menecmo* (por las normas ya dichas, y para el cambio de acento v. De la Peña, *Gramática*, p. 1886; aparece en p. 18 y 153, n. 100); aceptamos de corazón la forma *Caraxos* (p. 143, n. 23) que nos ofrece del nombre del hermano de Safo, pues, de aplicar con rigor las reglas tradicionales de transliteración, podría resultar en extremo malsonante; *βεῦδος* no se ve bien transcrito como *beydos* (fr. 188) sino *beudos* (cf. *pseudo-*, *pneuma*, etc.). Más

objetable aún nos parece algún cambio de género gramatical en algunos nombres comunes, que no sabemos a qué obedezca; en la p. 158, n. 87, leemos el *jélys*, pero *χέλυσ* es femenino, aun en el mismísimo fr. 100 de Safo mencionado en esta nota; menos aún puede pasar *péctidos* o *páctidos* (pp. 18 y 158, n. 187), en que se toma el genitivo en vez del nominativo, y se le antepone el artículo masculino, siendo también nombre femenino; en vez, pues, de el *páctidos* ha de decirse la *pectis*.

En cuanto a la traducción, como hemos dicho, logra los propósitos que la animan, salvo que hay uno que otro lunarillo que me parece es fuerza señalar en bien de futuras ediciones. Los voy a ir mencionando por orden.

En el fr. I, v. 22, *él* en realidad es *ella* (cf. v. 24 y n. en p. 140), un poco a la manera de Ipandro Acaico en el idilio V de Teócrito, v. 90 y nota correspondiente.

Πλάσιον, en el fr. 28, v. 1 no es del verbo *πλάσσω*, sino el adverbio que en otros dialectos se dice *πλησίον*, *cerca*, *junto*; y, cosa curiosa, en las variantes, a vuelta de página, ya está así traducido.

Me queda algo de duda sobre el fr. 97; ¿se trata de veras de asclepiadeos menores? A mí no me salen, vale decir no me salen como lo venimos midiendo y haciendo de Alceo para acá; de las doce sílabas que se supone tiene ese verso falta en los dos de este fragmento la sexta, larga, a la que sigue la diéresis (cf. *Gubernatis, Manual de Prosodia y Métrica Griega*, UNAM, 1982, pág. 240). Y una sílaba de menos en métrica cuenta mucho; ¿quién quedaría conforme si alguien hablara de endecasílabos de nuestro Himno Nacional? No sé qué diga Hefestión en el lugar en que cita este fragmento. Diría yo que es un metro eólico innominado, como hay muchos otros; Page (*Sappho and Alcaeus*) describe el metro de ese fragmento de Safo, pero sin identificarlo con el asclepiadeo menor, de que habla en otra parte (v. pp. 321, X, 3. (3) y 324, III); lo mismo hace Raven (*Greek Metre*, Londres, 1962, párs. 130 y 142) y Paul Maas (*Greek Metre*, Oxford, 1966, párs. 33, 3 y 54, 3).

La traducción de aquellas palabras del fr. 108, (*ἔρος*) *δ' ἰμμέρτοι κέχυται προσώποι* creo sería "amor se derrama sobre tu delicado rostro" en vez de la que aquí se nos ofrece: "amor derrama tu delicado rostro".

Paréceme que en el fr. 127 los garbanzos no tienen que ser precisamente dos; *δ'* es elisión de *δέ*; la que corresponde a *δύο*

(dos) es δδ'. Brotaron, por otra parte, no exactamente sobre el agua, sino en las playas u orillas (αἰόρες), cosa más natural.

Del fr. 166 nos ofrece Montemayor una curiosa variante de Bergk; siendo mujer Safo, y habida cuenta de sus aficiones, es absurdo suponer considerara a la mujer un mal; de otra parte, la asociación entre el fuego, que fue lo que robó Prometeo, y la fiebre, es una constante, reforzada hasta por la etimología (πυρετός viene de πῦρ). Horacio también habla de ello:

Audax Iapeti genus
ignem fraude mala gentibus intulit;
post ignem aetheria domo
subductum, macies et nova februm
terris incubuit cohors (I, III, 27-31).

En el fr. 169, *prítaneo* está en singular en el griego, y nos hubiera gustado verlo vertido así al castellano; había, hasta donde sepamos, un solo *prítaneo* en una ciudad; de ahí que *prítaneos*, en plural, se usara para designar otra cosa, las costas judiciales en un proceso, que aquí no tiene que ver nada.

El fr. 196 consiste en un solo nombre, y éste propio: Μήδεια (Medea), y en la forma así impresa no ofrece ninguna particularidad, pues tal era exactamente el título de la tragedia de Eurípides que así se llama y así lo pronunciaba todo mundo; habría que retocar la traducción del pasaje de Juan Alejandrino en que aparece encajado dicho nombre de Medea, de modo que dijera: "pónese el acento agudo en el fin, o una o dos (sílabas) antes del fin, pero tres ya no", etcétera, o cosa parecida. En esta peculiar manera de expresarse, el fin viene siendo la última sílaba, una antes del fin la penúltima, dos antes del fin la antepenúltima; más atrás, en efecto, no puede ir el acento, por recesivo que sea (que lo era en eólico). La traducción que se nos presenta, dice: "El acento agudo se coloca sobre la última o penúltima sílaba, nunca sobre la antepenúltima", pero de hecho el acento agudo es el único que sí puede colocarse sobre la antepenúltima, y palabras del uso diario, acentuadas así y con diptongo en la penúltima, hubieran desmentido a cualquier gramático que tal hubiera dicho, v.g. ἀκρίβεια, ἀνθάδεια, ἀσθένεια, δαψίλεια, ἐγκράτεια, εἰλάβεια, todas ellas con acento, repetimos, en la antepenúltima y diptongo en la penúltima, exactamente como Μήδεια; véanse en cualquier diccionario. Lo que sigue después, o sea que "hace surgir a εἰ como diptongo" tampoco es

así; leo en el griego que “*δίφθογγον διείλεν*” y entiendo que deshizo el diptongo, no que lo hizo surgir. Entonces lo que pasa es que este gramático piensa que Safo, midiendo *Μήδεια* como tetrasílaba, al deshacer por diéresis el diptongo, decía *Μή-δε-ῖ-α*, reteniendo el acento en la sílaba *μή*, anterior a la antepenúltima (tercera antes del fin, como Juan diría, o de la final); la base de la imputación hecha a la Décima Musa por este oscuro gramático parece débil, dado que en tiempo de Safo no se marcaba aún gráficamente el acento; esto empezó a hacerse alrededor de 200 años a.C. (V. Sidney Allen, *Vox Graeca*, Cambridge, 1968, p. 114); el error, por lo mismo, habría sido de quien acentuó el texto que leía aquel señor crítico, no de Safo.

En el fr. 213 (antepenúltima línea) quedó sin traducir *ἄμαλκ[ε]*, que es lo que *ἀμήλακες*, *coetáncos*, en otros dialectos (cf. *ἄμοιός ποί ὄμοιος* en el eólico de Teócrito, XXIX, 20; y Carl Darling Buck, *The Greek dialects*, Chicago, 1961, párs. 8, 22); como *ἄσαροι* está en plural yo pensaría que son ellos los que se rehúsan a algo, por lo que sigue, acaso a seguir cantando; en el siguiente verso, *φόβαισι* no me parece que sea *teme*, pues aunque los verbos contractos suelen cambiar de conjugación (pasando de *-ω* a *-μι*) en eólico, *φοβέω* daría *φόβημι*, etcétera y no *φόβαιμι*; para mí *φόβαισι* querría decir *en las hierbas* o cosa así; allí deja la lira la joven que la tocaba al negarse sus compañeras o compañeros a seguir cantando. (Vid. Darling Buck, *o. l.*, párs. 157 y 206, 6).

En la nota al fr. 91 habría que traducir *ἐμέθεν* como de mí en vez de a mí, siempre fue forma de genitivo, y si Díscolo dice otra cosa, podría estar corrupto el pasaje.

En la n. 162, “mejor salúdenme a Juan”, en boca de Sócrates, suena raro; no parece que se haya usado ese nombre hebreo en Atenas en el siglo V a.C. Acaso será errata, o bien inexactitud de Máximo Tirio.

Una consideración final. He mencionado arriba más de una vez futuras ediciones de esta obra; quiero aclarar que no son, en este caso, los augurios casi de cajón al hablar de un nuevo libro, sino que lo digo por algo más; comparto enteramente la opinión de Page sobre los fragmentos de Safo en el sentido de que “no hay ninguna razón, por ahora, para esperar que algún día tengamos de sus poemas mucho más de lo que hoy tenemos”; siendo esto así, y estando dichos fragmentos incluidos todos en el libro que nos ha ocupado, resta decir que este libro puede muy bien ser, en Méxi-

co, nuestra Safo por mucho tiempo, limados un tanto los pasajes que arriba nos hemos permitido mencionar, y alguno que otro que se nos pueda haber pasado y lleguen a notar en lo de adelante ojos más perspicaces que los nuestros.

Salvador DÍAZ CÍNTORA

VERNANT, J. Pierre, *La muerte en los ojos*. Figuras del otro en la antigua Grecia. Barcelona, Ed. Gedisa, 1986 (Colección Hombre y Sociedad, Serie Mediaciones), 106 pp.¹

El concepto de *alteridad*, usado de manera tan amplia en nuestros días en el campo de la psiquiatría, y tan eficazmente utilizado en ciertas ocasiones por el discurso feminista contemporáneo, no era extraño a los griegos. Efectivamente, es frecuente en el ámbito de la filosofía y, en especial, en el de la religión.

Aunque a primera vista se podrían tener reparos en cuanto a la aplicación del concepto de *alteridad* en el mundo de la antigüedad clásica, los planteamientos y las demostraciones que ofrece J. Pierre Vernant en este delicioso libro —que podríamos considerar como un poema antropológico— son del todo convincentes.

La temática dentro de la cual se inscribe el librito fue desarrollada por el autor desde 1975, en su Seminario dedicado al estudio comparado de las religiones antiguas. Allí, al estudiar la manera en que los griegos simbolizaban lo divino, Vernant descubrió el tema de los dioses con máscara; es decir, el de aquellas divinidades cuyo símbolo es una máscara o cuyo culto tiene que ver con ella. La máscara implica la pertenencia a la región del más allá y, en última instancia, tiene que ver con la experiencia griega del OTRO.²

Ahora bien, la actitud de los griegos ante la categoría de la *alteridad absoluta* (la nada, el no-ser) fue radicalmente distinta a la que el occidente cristianizado ha manifestado posteriormente, pues

¹ La edición original fue publicada por la editorial Hachette, en 1985.

² Por supuesto que Vernant no habla nunca de lo OTRO sin precisar en cada caso a qué categoría de lo MISMO pertenece.